

genes de cuya excesiva dulzura no sabemos hasta qué punto será responsable el traductor. El autor presenta a la heroína y la hace exponer las razones y motivos de su conducta, permitiéndole al mismo tiempo juzgar a la sociedad en que vive, para finalmente exponer ante el lector una serie de preguntas a las que él debe encontrar respuesta. Los dos o tres personajes no existen como tales, son solamente ejemplo de una línea de conducta, y el narrador es al mismo tiempo fiscal y asombrado testigo. La forma y el estilo del lenguaje obviamente no corresponden

al que se supone debe ser el de una novela, sino más bien a la prosa poética, en la que el autor desea plantear los fundamentos de una moral absoluta que esté más allá de la relatividad de las leyes humanas.

Los pensamientos, poemas, anécdotas y relatos que en variado número completan el texto contribuyen a afirmarnos en el sentido de la novela y permiten tomar contacto con los diversos temas que el autor aborda con precisión y belleza.

J. G. P.

# A N A Q U E L

Por Francisco MONTERDE

## RAZONES ADUCIDAS PARA DEFENDER EL CONTENIDO DE LA ANTOLOGIA MEXICANA

SI PARA NOSOTROS no resultan válidas todas las razones aducidas por quien hablaba en nombre de los dos seleccionadores, al tratar de defender el contenido de la *Antología de poetas mexicanos*, sí hay que recordar algunas de ellas, por diversos motivos.

A juzgar por la forma en que fueron distribuidas las 150 páginas de la antología mexicana en las cuales aparecen las composiciones de los poetas desaparecidos, Casimiro del Collado y José María Roa Bárcena, que formaron esa colección, dieron lugares preferentes a Sor Juana Inés de la Cruz y a José Joaquín Pesado.

Cada uno de ellos aparece representado en la antología con dos poemas: Sor Juana, con el "Soneto que engrandece el hecho de Lucrecia" y con el romance que principia "Finjamos que soy feliz"; José Joaquín Pesado, con su poesía "Jerusalén" y con el romance "El rústico y el monarca".

De los demás poetas mexicanos del siglo XIX incluidos por ambos seleccionadores en la primera parte de la antología, fray Manuel Navarrete figura con "El alma privada de la gloria"; Francisco Manuel Sánchez de Tagle, con "Al primer jefe del Ejército Trigarante"; Andrés Quintana Roo, con su oda "Diez y seis de Septiembre", y Manuel Eduardo de Gorostiza, con un fragmento de *El jugador* y pensamientos de sus obras dramáticas.

Siguen a aquéllos, Manuel Carpio, con su "Castigo del faraón"; Francisco Ortega, con "A Iturbide en su coronación"; José Gómez de la Cortina, con "El Diablo en el baile"; Wenceslao Alpuche, con "La fama"; Fernando Calderón, con "El sueño del tirano"; José de Jesús Díaz, con el soneto "A Napoleón", e Ignacio Rodríguez Galván, con "El anciano y el mancebo".

Con sonetos aparecen también representados en la antología Miguel Jerónimo Martínez: "Jesucristo" y "La poda"; José Sebastián Segura: "El bautista". Ignacio Ramírez, con sus tercetos "Por los desgraciados"; Ramón Isaac Alcaraz, con sus liras "El otoño"; y con poesías de tema religioso, Alejandro Arango y Es-

candón: "En la inmaculada concepción de Nuestra Señora", y Francisco de P. Guzmán: "Al Sagrado Corazón de Jesús".

Esa parte de la antología se cierra con la silva "El fin del año", de Manuel Paredo; los tercetos "La guerra civil", de Juan Valle; la elegía "En la tumba de Juan Valle", de José Rosas Moreno; la "Oda a la Patria", de Manuel M. Flores; "La vida del campo", de Manuel Acuña, y "A Gorostiza", de Agustín F. Cuenca.

Al defender la Antología de poetas mexicanos, de la cual había sido co-seleccionador, con Casimiro del Collado —según designación que hizo la Academia Mexicana correspondiente de la Española—, José María Roa Bárcena procuró explicar varias de las inclusiones.

Habló en primer término de "la alta inspiración, la filosofía y el vigor en la forma", al referirse a Sor Juana Inés de la Cruz, "nuestra célebre poetisa en no pocas de sus composiciones universalmente celebradas" — con redundancia que para él pasó inadvertida.

Mencionó en seguida "lo escogido y grandioso del plan y la viveza y energía de la ejecución de 'El alma privada de la gloria', poema épico de Navarrete, y la melancólica y profunda unción y hasta la forma casi del todo perfecta de algunos de sus 'Ratos tristes'".

Elogió después "la poesía bíblica de Pesado en su 'Jerusalén' y en su versión del 'Cantar de los Cantares' y de diversos Salmos, la factura deliciosamente artística de sus 'Sitios y Escenas de Orizaba y Córdoba', la animación y viveza de sus cuadros de fiestas populares y la tierna y honda poesía de sus 'Aztecas'".

Se detenía Roa Bárcena, complacido, en el último, y alababa "toda la producción, en suma, de Pesado, que lleva el sello de la claridad, de la alteza de pensamientos y de un gusto verdaderamente clásico."

En una nota expresaba que "Las 'Aztecas' de Pesado podrán o no considerarse auténticas; pero indudablemente fotografían las costumbres domésticas y exhiben los afectos y hasta las maneras, y el discurso y el habla de nuestros antiguos

aborígenes, por más que practicaran sacrificios humanos, y que hallemos rasgos de los libros sapienciales en estos versos."

Independientemente de la supuesta autenticidad de "Las Aztecas" y del inadecuado verbo que Roa Bárcena empleó al decir que "fotografían las costumbres domésticas", con sugestión cercana al realismo, tal nota refleja la actitud romántica en relación con lo indígena. En cuanto a la última afirmación, ya fue irónicamente comentada por Alfonso Reyes.

Roa Bárcena intentó demostrar que Flores se hallaba acertadamente representado en la antología, por ser, más bien que poeta erótico, "autor que no vacilaré, dice, en calificar de primero de nuestros líricos en el género a que pertenece su 'Oda a la Patria'."

Consideró aquélla como "la mejor de Manuel María Flores, y acaso de cuantas poesías patrióticas se han escrito en México." Lo es, a su juicio, "a pesar de su intercadente desaliño, de algunos defectos de elocución, de la debilidad relativa de su final y del atrevimiento y rareza de metáforas y frases que con más o menos justicia se reprocha a los escritores de esta última época."

Entre las cualidades subrayaba "su entonación vigorosa, lo sostenido de su inspiración patriótica, la sonoridad y rotundidad de muchos de sus versos, lo enérgico y feliz de no pocas de sus imágenes y la espontaneidad y la vida que en ella campean."

Menos fervor puso José María Roa Bárcena en sus palabras, cuando trató de defender la inclusión de la poesía "El sueño del tirano", de Calderón, que explicaba por "la estimación que profesamos a Fernando Calderón como uno de los padres de nuestro incipiente teatro".

En cuanto al poeta yucateco Alpuche, explicaba su presencia en la antología como "algo análogo, por resultado de impresiones y simpatías de los primeros años", sin buscar otras razones para apoyarlas. De Gómez de la Cortina y Paredo, Roa Bárcena decía que "la circunstancia de haber sido más filólogos que poetas, no desluce 'El Diablo en el baile' del primero, ni las poesías jocosas del segundo.

Trató Roa Bárcena de librar a Cuenca del cargo de gongorista —que Peza y otros le hicieron—, al afirmar que aquél es, probablemente, "menos dañoso a la poesía lírica que el prosaísmo dominante en el siglo decimotercero".

Como de Acuña se puso en la antología "la preciosa composición jocosera 'Vida del campo', Roa Bárcena declaró que prefería "en otro género, el 'Nocturno a Rosario' a los tercetos 'Ante un cadáver'." Acerca de Sánchez de Tagle recordó que se le calificaba de poeta más fecundo y variado que Quintana Roo" y que lo "juzgó aquí muy favorablemente Zorrilla".

De Carpio dijo Roa Bárcena que le parecía justo señalar "sus momentos felices, las partes de su factura en que se adelantó a la actual escuela realista en el buen sentido de la palabra, los pasajes suyos que llevan el sello épico".

En apoyo de esa opinión, citó finalmente varios pasajes de "La pitonisa de Endor", "La cena de Baltasar" y "El Monte Sinaí", de Carpio, sin creer por ello que fuera superior a José Joaquín Pesado.